

Notas bibliográficas

Sabios y Marmitones. Una aproximación al problema de la modernidad clásica,
José Emilio Burucúa, Lugar editorial, Buenos Aires, 1993.

Siento una enorme satisfacción en comentar para *Estudios Sociales* el texto de José Emilio Burucúa publicado en Buenos Aires en junio de 1993 no sólo porque el historiador, en esta nueva empresa, reúne una buena cantidad de temáticas -ciertamente no convencionales- que componen el corpus de sus clases para los alumnos de la Cátedra de Historia Moderna a su cargo, sino que la misma da muestras una vez más de la seriedad de su trayectoria intelectual en lo que concierne a la siempre inquietante problemática de las representaciones colectivas, tema que Burucúa viene trabajando hace tiempo preferentemente desde la interpretación del lenguaje iconológico.

Aun cuando el autor nos ha habituado a deleitarnos periódicamente con la originalidad que imprime a su trabajo de historiador a través de la búsqueda de resignificaciones en el vasto universo de las formas, esta vez el placer no disimula la sorpresa que nos provoca toparnos con un libro sobre historia europea producido en estas latitudes atendiendo el caudal de dificultades fundamentalmente metodológicas que empresas de este tenor generalmente conllevan y, en particular, cuando comprometen tratamientos aún novedosos en nuestro medio historiográfico como es el caso de las exigencias específicas que plantea la construcción de historia cultural.

En efecto, estamos frente a un análisis de historia cultural dirigido a realizar un rastreo genealógico de aquellas utopías nutridas por la "vitalidad modernista" que en algunos casos sobrevivieron para insertarse en el ambicioso proyecto de "libertad e igualdad" del siglo XVIII dirigido a alcanzar un estado de "felicidad" del conjunto de la sociedad y, en otros, fueron reabsorbidas o cooptadas, en el largo camino, por otras vías alternativas. El encuentro, la coexistencia así como la circularidad de pautas culturales y tradiciones pertenecientes a los grupos de élite y a los sectores no-ilustrados -de ahí el llamativo título de *Sabios y Marmitones*- es el núcleo problemático del planteo teórico en el período de la "modernidad clásica" que el autor ubica entre los siglos XVI y XVIII.

Burucúa abre el texto expresando su desconfianza hacia cierta "pasividad" de la cultura popular frente a las supuestas imposiciones de los círculos de poder a los que la historiografía -en términos generales- ha adjudicado con insistencia la responsabilidad del clima ideológico-mental que colorea una época histórica. Entonces se lanza con determinación a salvar distancias en el polémico clivaje "cultura de élite-cultura popular" que despertó una prolongada discusión epistemológica que reconoce su origen -en términos amplios- en los planteos renovadores del clásico de Mikhail Bakhtine de 1970 -*L'oeuvre de François Rabelais et la culture populaire au Moyen Age et sous la Renaissance*- y se ha extendido más acá de la aparición del inquietante Menocchio de Ginzburg.

El debate, en pocas palabras, se ha esgrimido entre los historiadores que sostienen la imposibilidad de franquear las fronteras teórico-metodológicas que se erigen en impedimento para un tratamiento intercomunicacional entre ambas culturas y aquellos que defienden posibles interrelaciones. Burucúa se sitúa en una posición intermedia con-

centrándose en repasar, a lo largo de un prolijo recorrido historiográfico, lo más granado de la historiografía europea en cuanto a estudios inherentes al tema de la sensibilidad colectiva se refiere, recalando en aquellos exponentes de lo producido sobre "núcleos de convergencia" cultural con el propósito de mostrar la factibilidad de interconexión entre rasgos pertenecientes a ambas formas culturales a pesar de las tan mentadas dificultades metodológicas. En efecto, en la primera parte del libro realiza una retrospectiva fijando su atención en los nudos teórico-metodológicos indicadores del "matrimonio" entre segmentos culturales presentes en el estudio de la "taumaturgia real" (M. Bloch); de la "credulidad-incredulidad" (L. Febvre); del "miedo" (G. Lefebvre-J. Delumeau); de la "muerte" (P. Ariès-M. Vovelle); a más de expresiones colectivas como la "fiesta-carnaval" (M. Bakhtine-Le Roi Laudurie); destacando los aportes altamente valorables por su creatividad y por la energía que le han inyectado a la polémica de D. Cantimori y C. Ginzburg; de los estadounidenses N. Davis y R. Darnton al proponer "mecanismos de comunicación o transmisión entre ambos estratos"; así como la gigantesca tarea, en este mismo sentido, del Instituto Wargburg.

Después de guiar al lector en estos registros historiográficos, Burucúa ahora sí emprende la ardua tarea de poner a prueba su hipótesis central basada en un "rechazo matizado de la 'teoría del abismo', de esa separación profunda entre las creaciones materiales e intelectuales de las élites y del pueblo..." en el período seleccionado, para lo cual se vale de operaciones metodológicas portadoras de inesperados recursos testimoniales dirigidas a desbrozar los que él denomina "aspectos críticos" del proyecto moderno. Las duplas "guerra-pacifismo"; "tolerancia-fraternidad" y el difícil tema de la "melancolía" son los emergentes "modernos" de profunda significatividad para los hombres de la época que J.E. Burucúa inteligentemente ha seleccionado para comprender la trama que lentamente, a lo largo de estos siglos, va tejiendo la que en el XVIII será la mentalidad revolucionaria; pero también se trata de problemáticas que despiertan la inmediata curiosidad del lector tanto por la originalidad que anticipan como por las dificultades hermenéuticas que implican. Así es que la evolución que viven las formas del pensamiento y la actitud colectiva hacia la guerra, las herejías, la tolerancia y fraternidad entre los hombres son preocupaciones teóricas de la teoría política y de la psicología colectiva que Burucúa sigue en sus mutaciones desde el despertar de la modernidad hasta llegado el siglo XVIII, las que le permiten ir demarcando con cuidado los paralelos entre las visiones del mundo que ambas esferas de la cultura construyen al respecto.

En el análisis de estos temas, Burucúa recupera el planteo de la "teoría de las tres R", que postula una relación de continuidad entre tres momentos históricos: el Renacimiento, la Reforma y la Revolución. Afirmación fuerte, por cierto, que desafía una larga tradición historiográfica que ha postulado las bondades explicativas de la noción de "crisis" en lo que se refiere al estudio de las bisagras temporales constituidas por los reajustes del sistema (crisis del siglo XIV) y por las estribaciones del feudalismo (crisis del siglo XVII). Entonces, para alcanzar los ciertamente ambiciosos objetivos que se ha propuesto, en el sentido de ir trazando líneas de continuidad, echa mano a la lectura de representaciones colectivas en la pieza literaria, la ópera, los hábitos culinarios, en el firme intento de trasponer el umbral ilustrado y encontrar en sus repliegues señales del protagonismo de la cultura popular en la configuración de la "nueva cultura que se abría paso desde el 1500" que abrigara en su interior la intrincada construcción de la fórmula revolucionaria de libertad, igualdad, fraternidad.

Buscando, casi con ahínco, posibles vectores entre la cultura de élite y la cultura no-

ilustrada Burucúa se vale también del recurso, siempre convincente, de la historia de las ideas. Maquiavelo, Erasmo, Shakespeare, Bodino, Bacon, Balzac, Rabelais, D'Alambert, Voltaire, Diderot son algunos de sus interlocutores teóricos en cuyos escritos el autor recalca con el propósito de atisbar en sus tratados, memorias, piezas literarias, aquellos indicadores legitimantes de la convergencia que le preocupa comprobar en el tiempo largo. Estos intelectuales aparecen ante nosotros como "intermediarios culturales", intérpretes y también voceros del sentimiento general hacia los temas convocantes; opiniones y planteos teóricos-doctrinarios que se enhebran a expresiones de la mentalidad colectiva a través de por momentos muy extensas citas que logran respetar el fluir discursivo para evitar sesgar las distintas formas del pensamiento de la otredad.

Con todo, la operación analítica que realiza sobre segmentos de la obra mozartiana y la manera en que Burucúa la coloca en el interior del estudio histórico -también como condensadora de la cosmovisión popular- es uno de los rasgos metodológicos que más conmueve al lector no sólo por la sutileza que requiere esta delicada tarea analítico-interpretativa sino por el diálogo que el historiador mantiene con los enigmáticos vericuetos de la música, llegando a matizar las puestas de la temporalidad histórica con los tempos de la composición musical ("...la música que acompaña el canto del noble abusivo y despótico es bella por sus *legati* y por sus arpeggios, pero salta bruscamente a una melodía entrecortada, de ásperos golpes de cuerdas, de modo que las partes de Don Juan raramente culminan plácidamente en el acorde de la tónica...").

Desde nuestra óptica historiadora, el clímax se produce cuando Burucúa da un paso metodológico infrecuente en nuestro oficio y trabaja el pensamiento ilustrado desde la composición operística de Da Ponte-Mozart. A través del minucioso análisis de *Las Bodas* (1786), *Don Giovanni* (1787), *Cosa fan tutte* (1790) y *La flauta mágica* (1791) va delineando especie de frisos que muestran la actitud de cambio de los *hombres novi* frente a cuestiones de la vida diaria como la guerra, el conocimiento, el amor, el cuerpo. En cuanto a la problemática del saber, ésta se inscribe en las nuevas direcciones que desconfiaba de las mostraciones pseudocientíficas de la época -léase mesmerismo, fisionomía lavateriana, navegación aerostática- las que, sin embargo, nutrirán con sus postulaciones el corpus ideológico-científico del proyecto moderno aun con la carga de ironía y escepticismo esgrimida por el discurso crítico de la Ilustración, al que no está ajeno el tono de burla mozartiana. La obra magistral de Mozart le brinda al historiador "la síntesis más acabada de la polaridad que conjuga la ilustración, donde se anudaban la razón y la fantasía, el optimismo y la tristeza, la risa y el llanto..." al aceptar su obra dos lecturas: "una literal, propia de la narración fantástica que es, y otra simbólica e 'ilumnista' que la convierte en un *rebus* para ilustrados".

Mozart no está solo en la tarea interpretativa de la mentalidad de la modernidad. Al estilo de Huizinga, Burucúa busca, también, la explicación de los fenómenos que le preocupan en algunos exponentes de la pintura renacentista. Detalles de la obra de Bruegel el Viejo abren y cierran el libro. No es casual que así sea si pensamos que Burucúa pone en escena una multitud de ojos que escudriñan no sólo las formas del pensamiento moderno sino también los comportamientos colectivos, en este sentido el pincel de Bruegel se reconoce el apropiado porque su obra conforma una serie ininterrumpida que registra, desde su visión erasmiana, la locura, la estupidez y la ignorancia del "mundo popular". A Burucúa Bruegel le interesa porque ha sido conocido como "el pintor de los campesinos" por su dedicación en plasmar en sus telas -con increíble originalidad técnica- la vida cotidiana de la aldea septentrional en los inicios de la modernidad, testimonios que a más

de su belleza estética trasuntan para el historiador una significatividad semántico-figurativa que desborda los límites de la Europa del norte, legitimándose su obra como decodificadora de la mentalidad moderna.

Por último, subrayo el interés que despierta el abordaje, desde la historia, del complejo tema de la melancolía para el cual Burucúa establece las secuencias de cambio en su conceptualización desde la antigüedad hasta el siglo XVIII en el que es inscrita en "el campo de la patología pura y simple". En cuanto al período que aquí interesa el autor sostiene que la modernidad clásica ubica al individuo frente a su propio destino; esta situación históricamente inusual provoca en el hombre una profunda angustia, generadora de estados melancólicos entendidos como males psico-sociales, concepción ésta que coexiste por algún tiempo con las antiguas y tradicionales teorías clasificatorias basadas en el temperamento humoral.

Burucúa trabaja el problema de la melancolía sobretodo en dirección a la soledad del artista de la modernidad clásica y al desconcierto que le provoca su propia creatividad. Con este fin, el historiador inicia un recorrido sumamente ilustrativo sobre las manías de algunos renombrados artistas para reflexionar sobre el atormentado mundo interior signado por las crisis de iracundia de Miguel Angel, las excentricidades de Piero di Cosimo, la fobia de Pontormo ante la proximidad de un cadáver y la flagelación de Durero al autorretratarse como un Cristo sufriente. En el paso del siglo XVII hace hincapié en la trágica existencia de Caravaggio, de Valentin y en los suicidios del pintor Testa y del arquitecto Borromini así como el estado de pobreza en que Rembrandt se sumerge en defensa de la independencia de su arte. No sorprende, entonces, que en 1621 Robert Burton publicara *La Anatomía de la Melancolía*. La tesis fuerte de Burucúa al respecto es que si bien la teoría de los temperamentos desapareció con el correr del tiempo, la melancolía sobrevivió hasta la actualidad bajo la forma de la depresión hasta convertirse en el "mal del siglo" que arrastra al hombre a ser artífice de su propia destrucción. Con todo puede llamar la atención del lector la ausencia de referencia a *El hombre del Renacimiento* de Agnes Heller y a *Historia de la locura en la época clásica* de Michel Foucault teniendo en cuenta que ambas obras se ocupan del problema como componente vital del drama shakespeariano, aspecto que también preocupa al autor.

Cerrando este comentario, pienso que a raíz del caudal de incertidumbres a las que nos enfrenta Burucúa a lo largo del texto resulta oportuno volver a Heller, en *Teoría de la Historia*, quien basándose en la obra pictórica del decimonónico Gauguin se pregunta "¿de dónde venimos, qué somos, adónde vamos?" interrogantes que le importa responder para ubicar al hombre en su propia historicidad. Justamente estos tres interrogantes, sintetizadores del fluir de la temporalidad humana, son los que también inquietan a Burucúa a lo largo de este libro en cuanto resignificantes del autoconocimiento del hombre. "Nuestro periplo se termina. Habíamos comenzado con los flagelos habituales de la vida en el siglo XIV. Terminamos con las mismas calamidades acechando a los hombres en los prolegómenos de una era anunciada de felicidad. Entonces, la ciencia y el arte, el anhelo de fraternidad real, prometían ser buenas armas para luchar. Han pasado dos siglos, el horizonte se aclara (cae el Muro de Berlín, los pueblos del centro y del este de Europa conquistan su libertad, se consolidan los regímenes democráticos en América Latina) y se oscurece a la par (el capitalismo abandona todo intento de construirse un rostro humano, nos amenazan la devastación ecológica, el SIDA y los nuevos fanatismos que esos peligros encenderán)". Para el autor estas son las sombras que cubren el fin del milenio, sin

embargo, al concluir las líneas dedicadas a la memoria de José Aricó, augura con su siempre renovado optimismo que "del fuego de las cocinas tal vez se desprenda la nueva aurora".

Profesor de Historia Moderna en la UBA -en las primeras líneas previene al lector sobre que "este libro es un conjunto de clases"-; estudioso del arte barroco; poseedor de una exquisita sensibilidad para la decodificación de la imagen; siempre preocupado por los planteos teóricos de la iconología; incansable lector y buen escritor, José Emilio Burucúa es el historiador capaz de asir la materia histórica en las profundidades de lo que se ha dado en denominar su "revés" ubicándose su análisis en las antípodas de lo meramente aparential al realizar una genuina tarea arqueo-antropológica de materiales tan cuidadosa y pertinentemente seleccionados. Cuando nos preguntamos hacia dónde va la historia como disciplina social, seguramente sería un buen punto de partida fijar la atención en este elaboradísimo *Sabios y Marmitones* producto de una prolongada y generosa trayectoria docente-investigativa.

Gigi Godoy

El ocaso de una sociedad estamental. Córdoba entre 1700 y 1760,
Aníbal Arcondo, Dirección General de Publicaciones de la
Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1992.

En esta obra, muy esperada por cierto, Aníbal Arcondo se propone explicar los cambios y permanencias ocurridos en Córdoba durante la primera mitad del siglo XVIII, sin pretender construir un modelo general de funcionamiento de la economía colonial. Como expresa el autor "La quimera de conseguir tamaños resultados a priori llevaría a una visión ideologizada y a una discusión estéril, semejante a la que caracterizó a la historiografía colonial latinoamericana de los años setenta". Discusión de alcance teórico a partir de la cual se apreció la necesidad de contribuir a la conceptualización del fenómeno colonial con estudios de carácter monográfico.

La intencionalidad del autor es abrir una brecha en el conocimiento histórico del período y proporcionar una explicación de los procesos económicos y sociales, estudiando las relaciones humanas en vivo, en un contexto histórico real. Para ello ha recogido cuidadosamente la información sobre los fenómenos más importantes que caracterizaron los primeros sesenta años del siglo XVIII, en el ámbito de la ciudad y región.

De su Tesis de doctorado, *Córdoba: une ville coloniale. Etude des prix au XVIII ème. siècle* (París, 1968), mantiene la serie documental de precios, minucioso trabajo, pionero con otros pocos en los estudios sobre precios para la época colonial. Pero de hecho, se trata de una obra completamente nueva, escrita con rigor, una investigación impecable que no olvida el esencial papel constructivo de la teoría en combinación con la crítica de las

fuentes. Arcondo sostiene una tradición investigativa que procede básicamente de Marx y Weber, dedicada a la comprensión de la naturaleza y consecuencias de las estructuras "a gran escala" y de los procesos fundamentales de cambio con el objeto de construir una historia "cuantitativa, explicativa y causal".

Arcondo se pregunta ¿cuál podría ser la importancia de Córdoba, de ese rincón del mundo en la primera mitad del siglo XVIII? Justifica la respuesta con la frase de Tolstoi: "Pinta tu aldea y pintarás el mundo". Un pequeño lugar le remite a un amplio espacio con el cual se conecta. Esto nos responde el porqué lo pinta, pero ¿cuál es su estilo? ¿qué tipo de pintura logra?

Primordialmente es un estudio de la vida urbana y rural de Córdoba para comprender el "funcionamiento real de una sociedad estamental durante un prolongado período de crisis". El mismo título de la obra permite observar el interés por caracterizar el tipo de sociedad, una sociedad étnica y socialmente diferenciada estamentalmente. Pueden esquematizarse los propósitos de Arcondo, indicando el orden lógico con que estudia las cuestiones. Primeramente presenta un panorama de los cambios ocurridos con las referencias a ese mundo en transición que transcurre entre 1700 y 1760 (Cap. I); a continuación explica las condiciones de producción, el comercio y el transporte (Caps. II, III y IV); analiza inmediatamente el comportamiento de los precios y el dinero (Caps. V, VI y VII), para encarar los aspectos sociales (Caps. VIII y IX) y por último plantear la continuidad y los cambios producidos a lo largo de la primera mitad del siglo XVIII (Cap. X).

El punto de partida es presentar los problemas económicos y políticos "más allá del horizonte" cordobés que jalonan la primera mitad del siglo XVIII y que inciden en la región estudiada. Un universo de análisis amplio encuadrado en la política de los primeros Borbones para comprender las causas del desmoronamiento de una sociedad estamental y el fin de una economía replegada sobre sí misma. En esta aldea cordobesa se han gestado cambios que, en su gran mayoría, reconocen sus orígenes en fenómenos aparentemente lejanos e indiferentes a los designios y preocupaciones locales.

Hay toda una escuela histórica, y basta con recordar a Marc Bloch, que constituye parte del bagaje de Arcondo; esto se evidencia en cómo trabaja una cuestión como la del espacio, uno de los paradigmas de la Escuela de Annales, que vincula al nivel productivo. Por consiguiente, para explicar la relación espacio-producción, entreteje cuidadosamente la configuración geográfica, el ámbito jurisdiccional, las relaciones y fricciones con otros espacios, la cuestión de la tierra y de la mano de obra.

La economía de Córdoba no experimentó grandes cambios en su estructura durante el período 1700-1760. La ganadería y la agricultura constituían, como antes, las principales actividades productivas. Desarrolla los rasgos particulares de la limitada agricultura cordobesa, de la cría de ganado, de la producción agroindustrial y de textiles, afectada esta última por la competencia de telas importadas que ingresaban por Buenos Aires, lo que causa su prolongada agonía desde el siglo XVIII, refutando de esta manera a historiadores de filiación nacionalista que la adjudican a la política liberal de los primeros gobiernos independientes. Para analizar la producción, se remite a referencias sobre el diezmo obtenidas de fuentes indirectas que parecen confirmar una caída de la producción agropecuaria, por lo menos desde finales del siglo XVII, en la que no sólo influyen las condiciones climáticas sino los efectos devastadores de la prolongada guerra con los indígenas.

Dedica un capítulo a la cría, invernada y comercio de mulas, rasgo decisivo de la economía cordobesa, el más importante renglón de las exportaciones locales y principal

renta para algunas unidades productivas, en particular de los jesuitas. Utiliza fuentes indirectas para apreciar el comercio mular. Arcondo piensa que el cambio en cuanto a la participación de los cordobeses en el tráfico de mulas se originó en la falta de crédito de la plaza local. Si bien se manifiesta un aumento de los préstamos obtenidos, éstos no se garantizaron con mulas sino, en su mayoría, con inmuebles urbanos.

Establece la vinculación directa que existe entre la demanda y el precio de las mulas con la expansión o la crisis de la economía cordobesa determinando que la menor actividad minera altoperuana significa menor demanda de mulas y a causa de ella precios inferiores. Esta situación, unida a cuestiones vinculadas al comercio interregional con aquellas áreas que intentaban evitar la salida de plata desde el puerto de Buenos Aires y a problemas con los indígenas, trajo aparejado una serie de problemas para el comercio de mulas hasta el segundo quinquenio de la década de 1740 que, recién a partir de esa fecha, comienza a reactivarse con una consecuente mejora en los precios. La superación de la crisis supone una renovación del "elenco social", disminuyendo el peso de los "vecinos feudatarios" en beneficio de los "mercaderes tratantes", grupo de poder local que analizará detalladamente.

Para caracterizar a Córdoba como una economía intermediaria, toma como punto de arranque para el análisis al sector comercial, entendiendo el rol decisivo que en la intermediación entre las zonas mineras del Alto Perú y la región atlántica tuvo esta región. Dos hechos decisivos se asociaron a la economía local: el volumen del comercio de mulas exportadas y la cuantía del comercio de bienes importados desde Buenos Aires. Córdoba se configura como una subregión del área minera que aporta con su producción los bienes necesarios para su consumo. El costo del transporte incide en la limitación del comercio interregional y en el encarecimiento de los productos de importación. Buenos Aires y Lima aparecen "como dos puntas de una cuerda imaginaria cuya tensión se encargaron ellas mismas de mantener durante un siglo y medio". Tucumán y Córdoba emergen como puntos importantes de esa línea imaginaria de tensión entre ambos centros de atracción, cumpliendo un papel de intermediación entre las zonas mineras y el puerto de Buenos Aires. Arcondo se pregunta ¿cuál fue la actitud de Córdoba frente al conflicto Lima-Buenos Aires? El análisis realizado le permite concluir que la dependencia de ambas regiones y las dificultades que esto traía consigo, hacían deseable una política sin intervenciones que era la propuesta por Buenos Aires. En este contexto, analiza el contrabando, como mecanismo de evasión fiscal frente a las trabas impuestas al comercio interregional y a distancia, y a la ciudad como punto importante de reaprovisionamiento, estudiando rutas, transportes y costos. Trata a la circulación, al intercambio de mercancías, considerando que es, al propio tiempo, una forma en la que no sólo las relaciones sociales se presentan como algo independiente de los individuos sino en la que la totalidad del movimiento social mismo se presenta en tal forma.

El estudio de los precios como aproximación al de la coyuntura es el eje de un discurso más amplio acerca del comportamiento de los precios en la región de Córdoba. La documentación de base han sido los libros de cuenta de la comunidad jesuítica de Córdoba y de unidades cercanas. Determina las posibilidades que ofrecían los registros como fuentes valederas para la historia de los precios impartiendo una rigurosa lección acerca de su uso. ¿Qué precios registraban? ¿Cómo saber si los precios por los que intercambiaban sus productos las distintas unidades eran los de mercado o los fijados por la autoridad jesuítica? Se plantea estos y otros dilemas, despejando dudas para aclarar sobre el tipo de precios, pero también analizando las dificultades con las que se enfrenta a priori. Agrupa

los precios por su origen en regionales, americanos y europeos con el fin de observar comparativamente su comportamiento y evolución, mostrar los cambios en la economía local y la mayor o menor fluidez de los medios de pago.

Describe minuciosamente las características y origen de cada producto, los cambios operados en el precio y las causas de sus fluctuaciones. Resume las medidas utilizadas para actuar sobre el mercado y sus consecuencias en los precios y en el abastecimiento de la ciudad. Las relaciones de intercambio son favorables a Córdoba y están producidas por el mayor descenso de los precios de importación. El análisis de las fluctuaciones de los precios agrupados muestra períodos diferenciados dentro de esa línea de tendencia decreciente, en la que los precios locales aparecen con medias cíclicas por encima de la base durante distintos lapsos y precios de bienes europeos y americanos, caracterizando el funcionamiento del sistema de precios en una economía colonial. El tiempo histórico tiene sus ritmos entrelazados. La distinción entre fases largas y ciclos, entre mediano y corto plazo, no tienen solamente valor y sentido para los precios y los ingresos. A través de estos índices económicos se esclarecen las condiciones de desarrollo social, se revelan modificaciones económicas que tratan sobre el estado de las relaciones sociales.

Comprueba que hubo una escasez crónica de moneda atribuida a un desequilibrio entre la masa monetaria equivalente al saldo del comercio exterior con las regiones mineras y el volumen de las transacciones, tanto de bienes locales como importados, agravado ese desequilibrio por la salida de remesas a Europa y la compra de productos en Buenos Aires. La salida de moneda por su valor en plata disminuía la circulante, fenómeno que afectaba sobre todo a la moneda divisionaria. La respuesta local a esto fue la aceptación de bienes como parte de pago. Comprueba entonces la existencia de una estructura monetaria dual, metálica y natural que denomina seminatural, no confundiéndola con una economía de trueque, siguiendo el planteo de Paul Einzig. Esta escasez de moneda metálica no se remediaba con la utilización del crédito, siendo los principales prestamistas los conventos locales, cuyos adelantos y préstamos en dinero se efectivizaban con garantías reales.

En esta obra, la economía le confiere las dimensiones relativas a lo social, es decir, el análisis económico aparece esclareciendo lo social. El conocimiento de diversos movimientos de la economía tiene un alto significado para la historia social, pero tiene una significación relativa en la situación respectiva de los grupos sociales. Arcondo interpreta socialmente los diversos tipos de coyuntura y los diversos índices económicos. Queda claro que la historia económica está hecha para ayudar a situar el destino de las diversas clases ligadas a los fenómenos de producción y de distribución. Por lo que le interesa analizar los efectos de la crisis prolongada sobre los patrimonios y las rentas.

Toma la región como marco de investigación para poder medir acertadamente la demografía social en la época colonial. Al explicar las permanencias y los cambios en la población de Córdoba confronta el clima de las relaciones sociales a los movimientos económicos. Hace un análisis particularizado del comportamiento de cada grupo poblacional y se vale de distintos testimonios para reconstruirlo. Estudia estos fenómenos de manera cuantitativa en la medida que las fuentes lo permiten y considera que uno de los fenómenos de mayor incidencia en la desaparición de las crisis de población fue la disminución de la frecuencia y gravedad de las epidemias, tipo de mortalidad que denomina "accidental". En este sentido, incluye documentación testamentaria abriendo su análisis a la comprensión de la mentalidad de la época.

Analiza el comportamiento demográfico de la población española y su recuperación a finales de la década del '40 y se pregunta ¿qué pasó con la población indígena de la

región? Para lo cual hace referencia al sistema de encomiendas y a los cambios que éste experimenta, a la reducción de la mano de obra indígena en la producción cordobesa reemplazada por esclavos quienes realizaban las tareas permanentes, y a un fenómeno generalizado de migración que afectaría no sólo a Córdoba, que está asociado a las mejores condiciones que ofrecía la economía en ascenso de Buenos Aires. Sostiene en general que la disminución de la población indígena no se debió a un proceso de exterminio sino a cambios estructurales producidos por el mestizaje, proceso que llevó progresivamente a su desaparición como grupo étnico diferenciado, quizás habría entonces que tener en cuenta otras categorías como la de etnocidio.

Una vez que ha reconstruido el comportamiento de la población atendiendo a las variaciones en la cantidad y haciendo referencia a los cambios cualitativos que acompañaron el crecimiento demográfico, referidos en particular al mestizaje, se aboca al ámbito urbano que emerge como un crisol de razas. Crisol donde la población negra, originariamente esclava, jugó un rol decisivo, mientras que en la campaña el ingrediente principal fue la mayoría indígena. Destaca entonces que en la región cordobesa, las relaciones interétnicas difirieron entre la campaña y la ciudad y pone el acento en la situación urbana interesado por analizar los conflictos generados por el mestizaje. Presta especial atención a lo que considera el verdadero problema, la ilegitimidad, originada en relaciones irregulares, legales y religiosas. Ilegitimidad que muchas veces, como en otras sociedades y épocas, fue el pretexto para impedir a los mestizos el ejercicio pleno de ciertos derechos. En este sentido, su argumentación toma en cuenta varios elementos: la consideración del fenómeno de mestizaje como progresivo; los lapsos de distinta evolución económica y social percibidos durante el período analizado que agudizan la presión sobre los mestizos y la aplicación de las reformas borbónicas que dieron un marco para que este sector empezara a presionar para modificar su situación, aun contraviniendo usos y costumbres establecidas.

Un tema de interés es entonces la consideración del mestizaje y la marginalidad en esta sociedad, para lo cual reconstruye algunos aspectos vinculantes que parecieran poner su acento en lo negativo y marginal de ciertas conductas atribuibles a los mestizos, conductas que no eran monopolio de ese grupo. Le interesa poner en evidencia la diferenciación existente entre los grupos étnicos al momento de ejercer la justicia y se remite a *Vigilar y Castigar* de M. Foucault para comprender la naturaleza, las funciones y los cambios en los castigos por delitos contra las personas y la propiedad producidos en Córdoba. La finalidad de la legislación era impedir la vagancia y suministrar gente para poblar las fronteras. Como ha demostrado en un trabajo anterior, existía un desencaje evidente entre una población mestiza creciente y la escasa demanda de mano de obra en las actividades ganaderas que eran las principales de la región. Caracteriza esa forma de vagancia como estructural -que asocia a la escasa demanda de mano de obra- para diferenciarla de otras formas que incluyen los desencajes producidos por fenómenos de tipo accidental siendo ambos fenómenos no excluyentes. Se pregunta ¿hasta qué punto el grupo de los mestizos era o podía convertirse en una "clase peligrosa"? y engloba a estos grupos visiblemente mayoritarios como mestizos para evitar el uso de categorías como la de "clase subalterna", grupos excluidos del sistema hegemónico cuyos movimientos en el mundo precapitalista no son en general, para citar las palabras de Gramsci, otra cosa que un perpetuo fermento.

Insiste en los rasgos estamentales de la sociedad local. Los cambios en el vestido y en la alimentación son parámetros que analiza, confirmando sus funciones en la diferen-

ciación social, como manifiesta Max Weber. Señala que las distancias tanto de color de la piel como de las posibilidades de acceder a consumos antes reservados a los grupos exclusivos de españoles y criollos se iban acortando como consecuencia del mestizaje y de la democratización de algunos consumos, apareciendo una contradicción entre este fenómeno y la prohibición del uso de algunos bienes por parte de los grupos no españoles.

¿Cómo aprecia los cambios y permanencias en los rasgos distintivos de la ciudad? En ese largo medio siglo, el espacio físico no varió, pero en cambio, sí lo hicieron la ocupación del suelo y de la edificación, analizando las causas de estos importantes cambios. Para ello ha explicado en términos de una economía de mercado, el funcionamiento de la economía colonial de Córdoba y sus avatares señalando en este sentido algunos condicionantes al funcionamiento de la misma.

En la región y período estudiado un fenómeno como el de la asignación de recursos era imposible debido a la fijación de los precios del trigo y de la harina por los cabildos y al excesivo costo de transporte que hacía imposible competir en otros espacios con la producción local. Tampoco era conveniente destinar las tierras utilizadas en la cría de mulas a la de vacunos. Diversas referencias dan cuenta de las dificultades en la colocación de mulas en las ferias del norte por diferentes circunstancias. Entre ellas, el impuesto de sisa que encarecía a las mulas y perjudicaba además a los invernadores que habían pagado un precio determinado con anterioridad. Se pregunta ¿cómo afectó a los invernadores la crisis producida en el comercio de mulas? Con las dificultades creadas a los comerciantes de mulas de Córdoba, los invernadores se dedicaron a recibir mulas de terceros. Este fenómeno va explicar la presencia de vecinos de otras regiones que se afincaban en la ciudad o de comerciantes de mulas de Salta que compraban planteles terminados. Por supuesto que subsisten fuertes invernadores en la región, pero no se ocupaban ahora de comprar ganado mular en otras regiones e invernarlo por su cuenta, sino de realizar esas tareas por cuenta de terceros.

Aparecen en el escenario local los "mercaderes tratantes", que trafican con mulas como un renglón adicional al de otros bienes, generalmente importados. Estos comerciantes tenían conexiones locales que los convertían en personas de confianza de la sociedad civil y de las órdenes religiosas. Detecta, a través de datos pormenorizados, la vida privada del elenco de los "mercaderes tratantes" y sintetiza las características que los distinguen. Su éxito se debe no sólo a sus vinculaciones con la sociedad tradicional local sino también con otros comerciantes de Buenos Aires, también como ellos originarios del norte de España. Esto lo lleva a inquirir acerca de hasta qué punto las relaciones locales se constituyeron en decisivas para observar los cambios operados en el funcionamiento del poder local. Interesado por el rol decisivo de los jesuitas en la región no deja de preguntarse ¿hasta qué punto los jesuitas tenían relaciones que trascendían la amistad con estos individuos y grupos ligados al comercio de distancia? aunque en este caso no se propone develarlo dado que no sería tan sencillo hacerlo con los testimonios que se conservan.

Es evidente que esta fue una época muy importante para efectuar pingües negocios aprovechando la información de distintos mercados, las irregularidades del tráfico comercial español y las ventajas del contrabando. Para ello tiene en cuenta el aumento experimentado por la recaudación alcabalatoria a partir de 1740. El sector comercial era el único que permitía realizar ganancias, dependiendo su actividad de un mercado más amplio que el que podían brindar Córdoba y su región. La base de sustentación en Córdoba se originaba en ser el paso obligado, primer control desde el Atlántico-control no muy férreo-y zona de aprovisionamiento para el transporte de carretas. Esto explica la presencia de

personeros para agilizar todo tipo de trámites. La ciudad adquiere la característica vigente hasta el desarrollo del ferrocarril en la segunda mitad del siglo XIX de ser zona de distribución de mercaderías importadas hacia otras regiones y en especial a las del norte y noroeste.

La acumulación de riquezas proporcionada por la diferencia obtenida en la compra-venta de mercaderías sólo se invirtió en una ínfima parte en la ciudad y su región, lo que explica un cierto estancamiento de las actividades agropecuarias y casi ningún progreso en la ocupación del suelo. Sólo el resurgimiento del comercio de mulas y las expectativas de algunas explotaciones mineras -que fracasaron- produjeron una demanda de tierras en regiones aptas para el desarrollo de esas actividades.

Al tratar las crisis económicas y sus consecuencias sociales utiliza una variada documentación coetánea en sustitución de elementos cuantificables. Efectúa una reconstrucción cronológica de la coyuntura económica local y de sus vinculaciones con manifestaciones sociales de la crisis que se prolonga por casi medio siglo. ¿Cómo explica la superación de la crisis? Un fenómeno que colaboró fue la pacificación indígena en las fronteras a la que contribuyó la organización de reducciones indígenas. El distinto comportamiento de los precios agrupados permite el mejoramiento de la situación económica y social. Los precios de importación bajaron en mayor medida que los de los bienes exportados lo que permitió un mejoramiento de sus relaciones de intercambio. Esto también explica el silencio y la aparente imparcialidad de Córdoba en el conflicto planteado entre Buenos Aires y Lima que supone se originaba en su dependencia tanto del norte minero como del puerto de Buenos Aires. Esa supeditación se mantuvo, pero tanto el mejoramiento en la producción de plata en las regiones mineras, como el aumento del comercio legal y de contrabando desde Buenos Aires, influyeron en la superación de la crisis.

Otro núcleo de interés en este trabajo reside en comprobar la importancia de los jesuitas en la región, con un liderazgo que trascendía lo religioso, impregnando con su quehacer toda la vida cordobesa. Su sistema de haciendas organizadas como economías de granjas, pero con una escala de producción agrícola mayor que las haciendas seculares, se destaca en la morfología económica de la región. Arcondo explica las razones y la racionalidad del sistema de trabajo con esclavos llevado a cabo en las unidades de producción de los jesuitas, quienes no compiten con los vecinos feudatarios por la posesión de indios. Le interesa evidenciar cómo, en muchos aspectos, la organización económica de las propiedades jesuíticas aparecía como modelo y con un efecto de demostración importante.

Los cambios en el poder local son observados también a través del Cabildo, institución "espejo de lo que estaba ocurriendo a otros niveles en la sociedad local". Respondiendo a los cambios económicos y sociales también la conformación del Cabildo se modifica: disminuye el peso de los vecinos feudatarios y su elenco se integra con individuos electos más por su prestigio y poder, que por su origen. Los "parvenus", emparentados con los grupos tradicionales no actuaron con tantas lealtades como las que caracterizaron a la sociedad temprana, predominantemente endogámica.

El dicho, muy gráfico por cierto, "Pueblo chico, infierno grande" le sirve para encarar un tema con el que cierra la obra. Lo suficientemente equipado en el desarrollo de su investigación y dada la problemática que aborda, retoma entonces las cuestiones acerca del conflicto y del cambio. En ausencia de estudios sistemáticos regionales sobre los conflictos, bosqueja las características particulares de los más importantes, considerando que el sistema social estamental de Córdoba da lugar a conflictos entre las partes, entre

individuos y grupos que atañen al sistema y que lo alteran. Adopta los siguientes paradigmas para el análisis: jurisdiccionales, entre la Iglesia y el Estado, entre las jerarquías de la Iglesia y las órdenes religiosas y entre los colonizadores y la sociedad indígena, sin dejar de mencionar la existencia de conflictos menores relacionados con aspectos ligados al reconocimiento social expresado en manifestaciones públicas.

La historia regional se enriquece en el texto con la información de la documentación escrita sobre casos individuales que ha seleccionado; criticando y elaborando un tejido en el que desaparecen las incongruencias y los mitos para desembocar en la significación que en los individuos han tenido los hechos sociales.

Como señala Ruggiero Romano quien fuera su director de Tesis: "La precaución -que no significa cobardía intelectual- parece ser el hada que ha vigilado constantemente el camino de Anibal Arcondo". Ser precavido no le impide a Arcondo considerar distintas vías de análisis y decidida y racionalmente seguir a la que considera más adecuada. Utiliza una variada y voluminosa bibliografía, sólo cabe asentar la omisión de algunas obras importantes realizadas en los últimos tiempos.

En conclusión, el resultado es una decisiva contribución a la historia regional de este período colonial cuyo conocimiento era casi nulo hasta la presente obra. Es también un estímulo (que se convierte en desafío) para continuar indagando muchas cuestiones que quedan inteligentemente formuladas y abiertas a la espera de respuestas que guardan siempre el grado de provisoriedad por su pertenencia a un saber que está en permanente construcción, la historia.

Nidia R. Areces

Mercado inmobiliario y estructura social. El Río de la Plata en el siglo XVIII,
Eduardo Saguier, CEAL, Los Fundamentos de las Ciencias del Hombre,
Buenos Aires, 1993.

Pocas veces una temática ha sido mostrada en modo tan enriquecedor, o si se ha hecho, lo fue para un espacio geográfico limitado. En efecto, se trata de un trabajo totalizador en varios sentidos: primero, en cuanto analiza la problemática del mercado inmobiliario en el Río de la Plata dieciochesco observando las diversidades de los respectivos espacios regionales. Lo es también respecto al estudio de la naturaleza misma de la propiedad: sondea una multiplicidad de parámetros, índice evidente de profunda lectura documental.

¿Qué ha pasado con la propiedad de la tierra y con sus propietarios durante el siglo XVIII y en las primeras décadas que siguen a la revolución? El autor explora las posibilidades de responder a esta pregunta particularizando los casos y los factores que en ellos fueron determinantes para mostrar, ya sea permanencias coloniales, cambios frecuentes entre los ocupantes, o bien combinación de ambos casos. El tamaño de los fundos, el interés por la agricultura y/o la ganadería, la propiedad privada y la comunal, el tipo de

poblamiento y por ende de mano de obra; la estructura, dimensión y actividades de la familia; las prácticas sociales del derecho de abolengo y la fundación de capellanías; las relaciones entre consanguinidad y distribución dominial; la incidencia de las subastas, la penetración del capital en el campo, la expansión fronteriza, no sólo constituyen los puntos desde donde se organiza la explicación histórica, sino que dinamizan el tratamiento de un tema que sería, de otro modo, extremadamente árido. Además, el análisis pormenorizado evita rápidas afirmaciones.

La incorporación del trabajo genealógico es de vital importancia y está manejado por quien revela su incursión en este área desde largo tiempo. El exhaustivo trabajo documental respalda también la profunda discusión de publicaciones anteriores sobre el tema: fuentes judiciales, censales, capitulares y notariales. El autor justifica su elección y su posición respecto a la relativa conveniencia del uso de otras fuentes, por ejemplo, los diezmos.

Para el caso de la provincia de Buenos Aires, su estudio de 14 pagos revelando el número de transacciones en cada uno -en relación al tipo de producción- y los mecanismos para retener la propiedad o los que conducen a la fragmentación, constituye no sólo el modo de confirmar la hipótesis de la diferente movilidad social -alta, en caso de tierras agrícolas, baja, en tierras de pastoreo- sino que representa un valioso aporte para el uso del mismo en posteriores trabajos.

Al retomar la producción historiográfica existente, este estudio la revaloriza y, en casos de trabajos de menor envergadura o escasa difusión, contribuye a su conocimiento.

Por último, más allá de los objetivos centrales, el trabajo incorpora importantes revelaciones, por ejemplo, el proceso económico que se desarrollaba en las áreas de frontera -"beneficiándolas"- simultáneo (o a expensas) de la tarea militar; la explotación de la mano de obra como fuente de rebeliones indígenas; las luchas entre clientelas de diferentes propietarios; la llamativa presencia de pardos como terratenientes, etc.

Es por todo lo dicho, un trabajo de lectura obligatoria para los colonialistas, para los especialistas en la propiedad inmobiliaria y, por su carácter didáctico, para los alumnos de las cátedras universitarias.

Teresa Suárez

LO QUE SCOBIE NO VIO...

***El umbral de la metrópolis*, Jorge F. Liernur y Graciela Silvestri,
Sudamericana, Buenos Aires, 1993.**

Junto a la posibilidad de reflexionar sobre los últimos diez años de historia urbana en nuestro país, este libro nos ofrece el deleite intelectual de la sorpresa frente a temas nunca pensados como tales, el encantamiento de poder ver cosas que siempre estuvieron allí y a las que permanecemos ciegos.

Lo inesperado de los objetos de estudio, su transformación en llave para disgregar la opacidad de lo cotidiano, la búsqueda contestación a lo preconcebido, a lo sobreentendido, a lo acordado; son puntales de la obra de estos dos autores. Una adhesión al cambio, a la provocación, que es fácil identificar a lo largo de sus carreras.

Una búsqueda personal que, sin embargo, tiene que ver con la particular confluencia de teorías, obras ejemplares, autores idolatrados; pero también de grupos de pertenencia, de alianzas a veces aleatorias, que fueron constituyendo un particular campo de trabajo en el que se entremezclan la historia urbana, la historia social, la historia cultural, la historia de las ideas.⁽¹⁾ Ese ámbito de préstamos y confluencias no explica, pero ayuda a trazar los bordes de las explosiones y saturaciones de interés, de curiosidad, de descubrimiento, que marca una exploración de la que estos textos son, y se ofrecen, como evidencia de sus potencialidades y dificultades.

En "El torbellino de la electrificación" Liernur y Silvestri buscan reconstruir la trama de conflictos subsumidos y ocultos por la unitariedad, omnipresencia y aceptada naturalidad del *mundo eléctrico*. En su frenética iluminación de los casi infinitos rincones de la cultura atravesados por *el fluido*, revén, reenfozan, redimensionan una miríada de tópicos centrales en la interpretación del proceso de metropolización de Buenos Aires: desde la relación entre crecimiento urbano y desarrollo industrial hasta las particularidades del discurso periférico y las tensiones entre los modelos americano y europeo; desde el proceso de recepción del saber científico y la educación técnica hasta la expansión de la tecnología del confort hogareño, la reformulación de los ambientes y los espacios de la medicina, la belleza y el espiritismo; desde la convergencia entre emprendimiento privado e intervenciones públicas hasta los matices de la mirada en la fiesta, la calle y el suburbio.

En este trabajo es donde la condición de lugar de Buenos Aires resulta más desdibujada. Algunos fenómenos parecen universales, atópicos, como los del impacto en la vivienda, en la fábrica, en los cuerpos, o el diseño y difusión de los artefactos. ¿Particularidad del caso u homogeneidad del proceso de modernización? En otros asumen y ayudan a caracterizar ciertas peculiaridades y problemáticas nacionales: Sarmiento, los conflictos relativos al desarrollo industrial. Es quizás en el capítulo de las usinas donde la ciudad se hace más presente y la trama urbana, en sus coordenadas, significa las acciones.

La posibilidad de lecturas alternativas desde lo material encuentra un punto alto en "La ciudad y el río" en la que no sólo se llama la atención sobre la dimensión física y el imaginario construido en relación al artefacto urbano, sino se cuestiona la reductividad de anteriores consideraciones del espacio pegadas a lo económico. Constituye un despliegue ejemplar de los cuidados necesarios para emprender una apuesta metodológica de este rango. Un trabajo exhaustivo sobre fuentes tradicionales permite ir contestando y mediatizando las interpretaciones consagradas sobre el conflicto en torno a la elección del proyecto para el puerto de Buenos Aires. Relativizadas las oposiciones norte/sur, nacional/extranjero; las pujas políticas y de intereses ligados al crecimiento de la ciudad; revisada con prolijidad la sucesión de proyectos sobre puertos y canales, se pone en relieve las opciones formales y técnicas, y la funcionalidad de este debate a una ingeniería en vías de profesionalización.

En "La ciudad efímera" el des-cubrir cobra una dimensión absoluta, experiencial, viva, en la fantástica reconstrucción de *Blow up*, que transforma en figura, el fondo de reconocidas y usadas fotos de la colección Witcomb. Así se advierten las huellas de la ciudad campamento que habían permanecido borrosas y lejanas por su secundariedad en las imágenes; pero sobre todo "por nuestra forma de seleccionar y leer los documentos que

fue volviéndolas invisibles”.

La reflexión sobre las imágenes consagradas de Buenos Aires nos habla de la preeminencia de las referencias europeas: lo colonial, la ciudad italianizante y la París del Centenario. Ubicándose en América, en la continentalidad de la inmigración, del crecimiento vertiginoso, de la inestabilidad ocupacional y variabilidad de los emprendimientos económicos, Liernur “ve” la otra imagen, la del far-west, y reflexiona sobre las incertidumbres previas a la consolidación de un proyecto. Provisionalidad, incapacidad de prever, desinhibición, desenfreno, voracidad, urgencia, agitación, aparecen como dominantes en *el umbral de la metrópoli*. Un umbral que en los textos anteriores aparece signado por la introducción de la técnica, la consolidación de saberes, la definición de modelos espacio-políticos, el hormigueo de experiencias fantásticas, pretenciosas, sórdidas y prepotentes, el clima de posibilidad, los estrépitos del cambio y el desconcierto del proceso de modernización.

La ciudad campamento da lugar a una indagación exhaustiva sobre la producción de edificios y viviendas en chapa y madera. Ahora el rayo de luz se posa en la habitación de los nómades, los ranchos, las casas prefabricadas, las fábricas, los teatros y algunas estancias. Se analizan los procesos de producción, materialización y edificación, los tipos, los usos, la industria; pero la noción de precariedad mantiene cierta condición de presupuesto. La construcción en madera ¿no debe pensarse como la alternativa constructiva desplazada, vencida, por una puja económica y representativa enunciada en el mismo trabajo? ¿Es posible unir en un mismo campo significativo la guarida en el ombú, las casillas del barrio Las latas, las casas del delta, el primer Hotel Bristol y la casa de los gobernadores en La Plata? Más que signados por la provisionalidad, en el caso de los teatros, circos, clubes, estaciones ferroviarias, barracas, ¿la estructura de madera y chapas no responde a una opción técnica y económica? El conflicto entre la madera y el ladrillo, la tensión entre civilización y cultura, que aparece como clave recurrente, invitan a nuevas indagaciones.

El libro es una apuesta a la dimensión explicativa de lo material, lo formal y lo técnico donde se pone en juego la potencialidad de la mirada de “el arquitecto-historiador” sobre la cultura y la sociedad.

Deja atrás una historia urbana centrada en la descripción de la trama, monumentos y tipologías cuya dinámica se explicaba en relación a la renovación y extensión del transporte y a la evolución del gusto y de modos de vida genéricamente adjudicados a una población evaluada desde una óptica censal decimonónica. Una historia de lo construido que reconocía sus límites en la dimensión institucional de la ciudad, y cuyos hitos y períodos eran definidos en relación a litigios y regímenes políticos.

También discute con historias contemporáneas de la ciudad que, a partir de su maravillado reconocimiento, gradualmente la transforman en una atmósfera despegada de la tierra, las calles, los edificios, los ruidos, los vientos, las colisiones, los sudores, los colores y hasta de las coordenadas geográficas. En ellas el espacio cultural, el mundo de las representaciones, la concentración de fuentes discursivas pasan a ser autónomos y de la urbe sólo queda el nombre. La textualidad es omnipresente, la semioesfera se desprende de los vestigios físicos y la ciudad como entidad material y fenoménica, es despojada de su problematicidad y su potencialidad explicativa.

Pero los autores no se contentan con la materialidad concedida del artefacto urbano que se traduce en la potencialidad de la localización. También la de los proyectos dibujados, la de las huellas de una ciudad efímera donde “la voluntad de representación

se descuida", la de la forma del escudo de la Italo, de la ambigua bombita, de los artefactos, de la distribución del alumbrado público, de la composición e iconografía de los edificios, de estrategias proyectuales aparentemente subsumidas por la eficacia técnica.

Esa apuesta a lo material y su dominancia en lo cultural a veces se resuelve en un espacio de tensión, como el propuesto entre las edificaciones en madera y la precariedad del proceso metropolitano. ¿Provisionalidad de lo constructivo? ¿de las vidas? ¿de los proyectos? Estas traducciones a veces resultan algo literales, directas, infalsables, desmediadas. Se apoyan en la capacidad de subyugar, de estimular al lector contemporáneo. ¿Se vivía como homologador el proceso de expansión de la electricidad? ¿Los senadores argentinos fueron capturados por "la centralidad" del proyecto Madero? ¿La Estación del Parque fue pensada, era percibida como precaria o efímera? En este sentido el trabajo de Graciela Silvestri es el que con mayor crudeza expone, y se expone, en el planteo de este problema.

Es de lamentar que por la economía de impresión sean tan pocas las imágenes, que no alcanzan a ilustrar la sustancialidad del trabajo sobre las fuentes gráficas, fotográficas e icónicas.

Común a los tres trabajos es la referencia a *Buenos Aires del centro a los barrios*, de James Scobie, un punto de encuentro y coincidencia de los últimos estudios urbanos. Un padre que, reconocido, ahora se responde y cuestiona.

En "El torbellino..." la réplica no es directa; pero al dejar de lado el análisis del impacto de la electricidad en el transporte que "Scobie ha analizado...con una precisión y agudeza que nos permite considerar cubierto este flanco" se refuerza la importancia de la energía y la luz en el hogar, la calle y la fábrica inadvertida en ese trabajo liminar, y se desdibuja la importancia del transporte en el que se centraba la explicación de la dinámica urbana. "La ciudad y el río" es una contestación al capítulo 3 de *Buenos Aires...* Si bien considera que "su identificación de los dos proyectos con dos grupos antagónicos que poseerían además una identidad espacial reconocible" es la más interesante de las hipótesis canonizadas, el texto deconstruye minuciosamente sus argumentos para "partir de un lugar opuesto...atender a la forma misma de los dos proyectos considerando que ésta habla, en su manera de ser producida, en su manera de articularse con la ciudad, en sus elecciones técnicas no sólo de sí misma sino de una política y de una ciudad". Por último, si bien Scobie fue sólo uno entre tantos que ayudaron a consagrar las tres imágenes "sólidas y coherentes" de Buenos Aires, es a través de su recurso "magistral" -el recorrido imaginario- y con las mismas fuentes que Liernur expone la ceguera de los que no supimos ver. Recorre las mismas calles, las mismas plazas, mostrando que los ranchos, las barracas, estaban allí, y no se los podía nombrar.

Esta contestación, respetuosa y reconocedora de la paternidad debida a Scobie, es parte de una actitud provocadora que constituye la clave de la fascinación de este libro. Provocadora en el desvelamiento que supone cada uno de los textos: desnaturalizar el proceso de electrificación, deconstruir la labilidad de la interpretación histórica en el conflicto Madero-Huergo, descubrir un ciudad efímera fotografiada y censada y sin embargo inadvertida. Una audacia en el descentramiento interpretativo que dista de ser temeraria en tanto se respalda en un obsesivo cubrimiento de los aspectos filológicos y heurísticos que sustenta la persecución de las consecuencias de esta explosión explicativa en campos por demás diversos y heterogéneos. Y son los hallazgos en ese cúmulo de dimensiones revisitadas, donde los textos alcanzan sus mayores e indiscutibles logros. Un nivel de persuasión quizás no tan contundente en las asociaciones más fuertes: electrifi-

cación/homogeneización, centralidad/éxito de Madero, precariedad/edificación en madera, donde el nivel metafórico implícito en la discusión de la forma muestra sus restricciones.

Ana María Rigotti

NOTA

(1) El CIESCA, el CISEA, el CEDES, el IAA, la maestría en Ciencias Sociales de FLACSO, el doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, las Jornadas-interescuelas, los seminarios en el IAA y en el Instituto Ravignani, el grupo de Sectores Populares y Movimiento Obrero, el Club de Cultura Socialista, son algunos de los ámbitos en los que se fue construyendo un campo de producción particular de las Ciencias Sociales consolidado con la profesionalización de la investigación a partir de 1984.

El Tiempo del "Proceso". Conflictos y coincidencias entre políticos y militares. 1976-1983, Hugo Quiroga, Fundación Ross, Rosario, 1994.

La historia de la dictadura militar argentina más reciente, está todavía por hacerse. Pocos son los trabajos de investigación realizados hasta el presente, a excepción de algunos valiosos análisis coyunturales, muchas veces publicados contemporáneamente a los acontecimientos. De las investigaciones con pretensión de historiar, el libro de Quiroga, es probablemente la más extensa y una de las de mayor intención de complejizar los temas estudiados.

Se trata de un análisis de los avatares de los gobiernos militares que se sucedieron entre 1976 y 1983. Los momentos finales de la crisis del gobierno de Isabel Perón; el "consenso" social inicial, brindado por vastos sectores de la opinión pública a la dictadura de Videla; los momentos críticos de la transición del primer gobierno militar al segundo, el de Viola y la reaparición en la escena de los partidos políticos y la sociedad civil; la frustrada tentativa de Galtieri de recuperar la legitimidad perdida a través de la trágica e irresponsable aventura guerrera y finalmente los últimos esfuerzos de los militares por condicionar una salida democrática durante el gobierno de Bignone.

El libro de Quiroga es una historia política del Proceso. Más precisamente, es una historia del Estado en ese período y en la medida que, como el propio autor lo afirma, se trata de un Estado militarizado, es también una historia del lado "político" de la institución militar.

Sin embargo, Quiroga explicita desde las primeras páginas que su enfoque será el de analizar las relaciones entre el Estado y la sociedad civil. Y en la medida que trata de

mantenerse fiel a ese punto de partida, entra en la consideración del principal de los nexos que aparecen en esa época entre ambos términos de la ecuación: **los partidos políticos**. Por lo tanto el concepto de "historia política" aplicado a *El tiempo del Proceso*, no se limita a significar una historia del Estado militarizado, sino una historia de las relaciones entre Estado y sociedad civil entre 1976 y 1983.

En efecto, las relaciones de los gobierno militares con distintos actores: CGT, grupos económicos, Iglesia, etc., están presentes a lo largo de este minucioso y riguroso estudio. Pero de todos esos actores, sobresalen los partidos políticos, de tal manera que se justifica ampliamente el subtítulo empleado por el autor.

Esta presencia fuerte de los partidos políticos en el texto, es coherente con el enfoque general con el cual Quiroga aborda la historia del Proceso. Dos son sus hipótesis previas más significativas. En primer lugar: la historia argentina posterior a 1930, no puede entenderse como un proceso de oposiciones entre dos sistemas políticos, uno dictatorial y el otro democrático, sino por la existencia de **un sistema político**, que supone la alternancia entre ambos tipos de gobiernos.

Este tipo de sistema político, que implica la "alternancia" entre militares y civiles -agrupados en partidos políticos- se **legitima**, en la medida que es aceptado por ambos actores, antagonicos pero complementarios, y se cristaliza en una determinada **cultura política**. Es así que el concepto de legitimación ocupa un lugar central en los análisis de Quiroga.

Esto último se evidencia en los criterios de periodización adoptados. Quiroga desecha una periodización fáctico-cronológica, para subdividir el Proceso en cuatro momentos: legitimación, deslegitimación, agotamiento y descomposición.

Es evidente, como el propio autor lo hace explícito en el tratamiento de esos dos conceptos claves -la idea de un solo sistema político y el rol central dado a la legitimidad-, una deuda intelectual con Alain Rouquié. Sin embargo Quiroga está lejos de reducirse a una aplicación mecánica de esas categorías a la época del Proceso. Por el contrario hace de ellas un uso inteligente y crítico.

Esto se evidencia, por ejemplo, cuando sabe apartarse oportunamente de una aplicación a ultranza de la idea de legitimación, reconociendo que en sus etapas finales, la dictadura se sigue sosteniendo por otros factores, aun cuando ha perdido toda legitimidad.

Las conclusiones del libro, algunas de una contundente evidencia, polémicas otras, tienen todas en común la capacidad de generar discusiones que no sólo remiten a la historia del Proceso, sino que se proyectan sobre la etapa actual. Para Quiroga la dictadura militar fracasó en su intento por fundar un **sistema**; también lo hizo en el esfuerzo por crear una red política diferente, no logrando instalar una nueva forma de **representatividad** política ni funcional; no hubo relación mecánica entre deslegitimación y derrumbe: la dictadura no cae por una insurrección popular sino por el fracaso de la aventura guerrera.

Quiroga, agrega otras dos conclusiones: no hubo unanimidad de posicionamientos entre los partidos frente a la dictadura y esa dualidad se hizo extensiva a la sociedad. Y finalmente, el régimen militar no pudo constituirse una base sólida de sustentación en la sociedad civil, con lo cual debió refugiarse en la **autoridad del Estado**.

Algunas de estas conclusiones son susceptibles de abrir debates que se proyectan sobre el actual período. Veamos dos ejemplos. En primer lugar: ¿la actual estabilidad institucional es una prueba que se ha agotado ese sistema político que contenía alternativamente gobiernos autoritarios y democráticos? Y si fuera así, ¿en qué medida la

afirmación de Quiroga, que la dictadura no logró otros apoyos que el propio Estado, no actúa como un freno para ese tipo de gobiernos, en un momento de debilitamiento del rol global del Estado?

Ricardo Falcón

***Los nombres de la historia. Una poética del saber*, Jacques Rancière, Nueva Visión, Buenos Aires, 1993.**

Dentro de su colección Diagonal, Ediciones Nueva Visión pone a disposición del lector en castellano este provocador ensayo de Jacques Rancière. El texto, surgido de seminarios y conferencias dictados por su autor entre los años 1987 y 1989, tomó forma definitiva recién en 1992; vale decir en un momento donde la reflexión en el conjunto de las disciplinas que se ocupan de la cultura se encuentra fuertemente sensibilizada hacia una temática que podríamos denominar abreviadamente "políticas de la palabra".

En tal sentido, tal vez uno de los principales méritos del ensayo de Rancière sea el de instalar en el seno de la disciplina histórica una confrontación argumental acerca de lo que se halla en juego cada vez que hablan las palabras.

Las cuestiones relativas a la narratividad y a la organización del relato por parte de los historiadores han ido tomando fuerza a lo largo del último decenio. Podríamos sostener que desde el pionero estudio de Roland Barthes sobre la obra de Michelet, en 1954, hasta el difundido artículo de L. Stone sobre el retorno de la narrativa en el terreno histórico, de 1979, las temáticas apuntadas habían ido penetrando muy lentamente en la conciencia profesional de los historiadores. Más que la obra de los propios historiadores en la reflexión sobre sus propios productos, resultaba ser la introducción en el campo de lo histórico, por parte de quienes cultivaban disciplinas distintas de unas preguntas que no dejaban de tener resonancias "exóticas".

Decíamos, no obstante, que en el pasado decenio la discusión sobre el modo en que la organización típica del relato distribuye sus efectos sobre lo que presume ser una reconstrucción del pasado sólo guiada por soportes conceptuales y/o metodológicos, no ha podido ser eludida. Incluso en castellano hemos asistido en un corto período a la traducción de textos claves para la comprensión de estas polémicas. Por caso, el famoso *Metahistoria* de Hayden White, difundido en 1992 con dos décadas de retraso fue casi inmediatamente acompañado de *El contenido de la forma*, de factura más reciente.

El libro de Rancière viene sin embargo a provocar la irrupción del problema en un sitio un tanto diferente. Si las polémicas anteriores habían girado sobre todo en torno a las modalidades de construcción de la "explicación" histórica, su dependencia de paradigmas más o menos aceptados por el conjunto de las ciencias sociales, o, en cambio, su orientación comprensiva más sensible a las "explicaciones" asentadas en el sentido común, con la lectura de este breve volumen es rápidamente perceptible que se nos viene

a abrir un desafío de naturaleza diferente.

Rancièrre comienza su relato con una rápida recuperación de argumentos de distinto, y contrapuesto, linaje por medio de la construcción de una grilla que define determinaciones fuertes en la producción del discurso histórico. "La revolución de la ciencia histórica quiso justamente revocar la primacía de los acontecimientos y de los nombres propios en beneficio de las largas duraciones y de la vida de los anónimos. Es así como reivindicó al mismo tiempo su pertenencia a la era de la ciencia y a la era de la democracia". La forma relato, por último, da paso a una tercera dimensión. Ellas definen "las condiciones de escritura del relato histórico erudito de la era democrática, las condiciones de articulación de un triple contrato científico, narrativo y político".

Si entonces la primera parte del argumento de Rancièrre resulta de interés porque, en su peculiar estilo, viene a proponer una *¿síntesis?* sobre largos y apasionados debates, la continuación todavía resulta más provocativa al proponer como principio de inteligibilidad de todo este orden polémico lo que denomina poética del saber y que concibe como "el estudio del conjunto de los procedimientos literarios por medio de los cuales un discurso se sustrae a la literatura, se da un estatuto de ciencia y lo significa".

La poética del saber aplicada a la historia viene a ser en primer lugar un interrogante sobre el modo de ser de la palabra de la historia. Apesar que en esta segunda parte también se hacen claras para el lector la familiaridad del autor con toda una larga literatura, ha preferido mantener casi en silencio sus referencias para reemplazarlas por la obra de dos historiadores: Michelet y Braudel. Justamente, *la poética del saber* empieza por mostrar los nexos que entre el historiador de la primera mitad del siglo XIX y el historiador de la segunda mitad del XX son la evidencia de la continuidad de unas prácticas, no obstante lo diferente de sus encarnaduras.

La "muerte del rey", será el caso que permitirá establecer la más crucial de las constataciones: si en Braudel el rey ya no será más Felipe II sino la masa líquida del Mediterráneo, tanto para Michelet como para Braudel "la escena del rey muerto o enmudecido deja aparecer por detrás otra escena, igualmente crucial para el estatuto del discurso historiador: la de un viviente que habla demasiado, que habla sin ton ni son: fuera de lugar y fuera de la verdad". Por esta vía la poética del saber viene en la historia a constituirse alrededor del nombre, vale decir de aquella encarnación de la particularidad que resulta inexorablemente designada.

Así planteada la escena, Rancièrre desarrolla una serie de implicancias de la perspectiva adoptada para finalmente llevar al lector de recorrida por una serie de estaciones de la historia de nuestros días. Como siempre, en su escritura, la muestra no es exhaustiva, pero también sin duda se detiene en las estaciones más relevantes. El objeto de esta recorrida viene a ser mostrar la simultánea legitimidad de tantas maneras de ejercer una disciplina. En última instancia, *Los nombres de la historia* vienen a cerrarse en una reconciliación de la historia consigo misma. "La historia no debe protegerse de ninguna invasión extranjera. Sólo necesita reconciliarse con su propio nombre".

Eduardo Hourcade